

Punto y Aparte

La envidia de Josefina

Margaritainés Restrepo SantaMaría

Ofrecen tamales, becas, televisores, licuadoras, transistores y botellas de aguardiente. Palomitas en bus, por aquí. Un puestecito, por allá. Camisetas y cachuchas. Tinto caliente en el café de un pueblo. Invitación a un elegante coctel. Promesas de cambio. El pago de la "culebra", de una habitación de hotel. Y, si es del caso, unos pesitos de más para un bolsillo de menos.

Todo se permite. Como sea, es necesario atraer público, espectadores. Arrebatarse apoyo, confianza, votos. Es el manejo político de los llamados "líderes" de los destinos colombianos. "Líderes" que, en esta primera semana de julio, han recibido sopa y seco para meditar, hacerse preguntas y volverse cabezones, ante el fenómeno Karol Wojtyła —Lolek, para su madre—. Un "fenómeno" que, de niño, gozaba subiéndose montañas. Que hoy, tiene el poder de reunir montañas de gente y de sentimientos.



Fe... Convicciones religiosas de una comunidad. Más allá de la investidura papal, en Karol Wojtyła hay, ante todo, un hombre con empaque, energía, picardía y cariño de líder. Es el hombre preciso para el puesto, decía el maestro de ceremonias de uno de los actos organizados con motivo de su visita. Y sí que lo es... Y lo demuestra con lujo de detalles.

Sabe cuál es el gesto o la palabra precisos, para la persona precisa, en el momento preciso, en el sitio preciso, tocando la fibra precisa, para lograr los resultados precisos. Sabe para qué sirven los medios masivos de comunicación. Sabe manejar el silencio, los ojos, la cara, el cuerpo. Y eso, seguramente, tiene que reconocerlo, lejos del público, cada noche, en pijama, en la soledad de su alcoba.

El hombre para el puesto. Un "sí, sí"... "cuatro veces"... "bien, bien", "basta", que hace sonreír a los niños. Un "gracias, me tengo más seguro con esta cosa, cómo se llama... cariel, cariel", que prolonga aplausos y vivas, en un estadio.

Un "Bogotá, amigo, la lluvia está contigo", que frena la salida de una multitud. Un tararear la canción de Roberto Carlos que

"enloquece" a los jóvenes, en El Campín. Un "cantan muy bonito, pero no estoy autorizado para decir que son buenos estudiantes", que deja rostros de euforia en los integrantes de una tuna. Un "felicitaciones a todos los danzantes y musicantes que alborota al pueblo cartagenero".

El beso en la mejilla de un niño, en la cabeza de un joven. La sonrisa o una palmadita para un adulto. El paso paciente estilo "aquí no ha pasado nada y tengo todo el tiempo del mundo", tras jornadas agotadoras, por aire y tierra.

Sin ofrecer un tamal, ni agua, ni siquiera un pasaje en bus. Sin promesas de cambio. Karol Wojtyła mueve montañas de gente. Por él, los intelectuales se olvidaron de su estudiada discreción, para gritar "a la bio, a la bao, a la bim bom bao". Los periodistas fueron incapaces de conservar la calma. Los hombres públicos se sometieron al vitrinazo, sobre sillas de lata. Muchos trasnocharon, hicieron largas filas, aceptaron estrujones, lluvia, ampollas motivo caminata, y asumieron el riesgo de desmayarse por insolación prolongada, o "morir de tenis", en manos —o bajo los pies— de una multitud inmanejable.

Aunque los organizadores insistan en que la visita de Juan Pablo II no es un espectáculo. Más allá de las razones, la manifestación de la población lo ha sido. Un espectáculo que algunos "aprovecharon" para darse pantalla. Que dejó corrillos de monjas gritando y cuchicheando a las 8 y media de la noche, en una esquina de Medellín. Un entusiasta y, a veces, histérico, "lo vi, lo toqué, le di la mano, capté su sonrisa, le observé la piel", en adultos y niños de todos los colores, bolsillos y posiciones. Un ¡qué ternura!, ante ese beso que dio a una cruz de cemento en Armero. Aplausos y lágrimas, por cada paso dado fuera de las estudiadas plataformas.

El fenómeno Karol Wojtyła, sus gestos, sus palabras, paralizaron al país. Empaque de líder. Energía de líder. Picardía de líder. Cariño de líder. El hombre para el puesto.

Y, pensando un poco en nuestros líderes... Su pregunta marrullera... ¿Cómo lo hace?... Y, naturalmente —al comparar sus incipientes manifestaciones de apoyo— ese sentimiento inevitable... La misma envidia de Josefina cuando supo que...